

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2024, Joe F. Daniels, por el texto
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de portada: Diego Mallo
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-973-9
Depósito legal: B-250-2024
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

«Mis enemigos me rodean como una jauría de
perros; una pandilla de malvados me acorrala»,

SALMO 22

Jan no dejaba de repetirse unas misteriosas palabras que había oído en su infancia de boca de su maestro preferido. Ahora fluían espontáneamente de su memoria, como un eco autobiográfico: «Todo el que se proponga vivir un ideal grande y contracultural será perseguido». Esta íntima cantinela se combinaba con un intenso jadeo, que era lo único que le preocupaba. Por mucho que se esforzaba, no conseguía reprimir su escandaloso resoplo. No podía permitir que lo localizaran. Llevaba más de tres horas corriendo.

Mejor dicho, huyendo.

Se dirigía a la ciudad de Nois. Había partido de Cinobar—ciudad costera; su lugar de origen— con gran ventaja de tiempo respecto a sus enemigos, pero estos contaban con piernas transhumanas que les permitían avanzar por el bosque a gran velocidad. Solo quedaban cien metros hasta la gran valla. Sabía que en cuanto emprendiera la carrera y saliera del tupido bosque solo contaría con tres segundos de ventaja para alcanzarla antes que

sus perseguidores. Necesitaba unos minutos de descanso previos al último esfuerzo, pero el maldito jadeo parecía impedirselo. Por fin se arrancó a la carrera.

Esos tres segundos eran su única esperanza.

–Está allí. Ya es nuestro –gritaron ellos.

Jan sacó fuerzas de la flaqueza y acometió la distancia que lo separaba de la valla como si se tratara de la final olímpica de los cien metros lisos, a pesar de que su atuendo no era el más apropiado para la práctica del atletismo: un pantalón duro de monte, unas botas, una camiseta de algodón y una chaqueta vaquera con capucha.

Mientras corría, sus ojos marrón claro miraban de reojo a su flanco izquierdo, desde donde sus enemigos se le acercaban. De manera intuitiva, trazó las dos trayectorias, la suya y la de ellos, y comprobó que llegaría a la valla sin ser alcanzado. De repente, algo falló. Perdió velocidad. Sus piernas parecían cargadas de plomo.

Había cometido un error. Sin preverlo, se había metido en un lodazal que amenazaba con echar por tierra la leve ventaja que tanto trabajo le había costado mantener. Por suerte, la zona embarrada ocupaba poco espacio. Salió de ella y volvió a correr a máxima velocidad. Pero ya era tarde. En su mente se dibujaban de nuevo las dos trayectorias y no tenía dudas de que lo iban a interceptar.

Como si se tratara de un relámpago, una idea le atravesó el intelecto: el béisbol. Recordó ese juego que había practicado durante su infancia y, sin dudarle, justo antes de ser apresado, se lanzó al suelo con las piernas por delante como si tratara de tocar la base. Con este brusco movimiento consiguió frenarse casi de inmediato, mientras que sus perseguidores lo adelantaron, sin poder detenerse a tiempo y cayendo al tropezar con sus pies.

Se levantó como un muelle y alcanzó la valla con unas pocas zancadas. Se encaramó a ella y en un instante ya había salvado sus cinco metros de altura.

Sin mirar atrás, se perdió en el bosque.

Sus enemigos se habían quedado inmóviles. Lo último que vieron fue a Jan retrocediendo unos pasos para recoger algo del suelo antes de emboscarse.

—¿Lo seguimos? —preguntó uno de ellos.

—Ni loco —respondió otro, mientras miraba fijamente un gran cartel colgado en la valla que se repetía cada cincuenta metros y decía, con letras rojas, «Reserva de lobos».

—Somos más rápidos que él —adujo el primero.

—Sí —contestó el tercero, que era el de mayor rango—, pero hay lobos, y pronto anochecerá. Me han contado historias escalofriantes. Es cierto que nuestras piernas son insensibles a las mordeduras, pero esas malditas criaturas, aunque empiecen atacando a las extremidades, tienen como objetivo la cabeza, el cuello y el abdomen. Es mejor que lo esperemos en la salida, que está a unos ochenta kilómetros al norte. Probablemente aparecerá por allí..., si sobrevive.

—Cosa poco probable —dijo el segundo, con una sonrisa.

—No tenemos otra opción —suspiró el líder—. Desde que el Comité Central decidió destecnologizar todas las reservas naturales, no hay posibilidad de seguir ningún rastro en estas zonas. Esa idea es muy romántica, pero se ha vuelto en nuestra contra. Parece mentira que estas cosas sigan ocurriendo en el año 2073.

—¿Y si solicitamos que activen el protocolo de búsqueda por satélite? —intervino el primero de ellos.

—Bah. Demasiado papeleo y burocracia para un simple trasgresor del orden social —concluyó el líder.

Ciudad de Cinobar: cincuenta años antes

Lucía llevaba todo el día anotando los registros obtenidos de ciento cincuenta ratas. La atmósfera otoñal del laboratorio era densa a esas horas de la tarde. Estaba cansada, pero también ansiosa. En su interior resonaban estas palabras: «¡Hoy puede ser el día!». Había pesado, uno por uno, a cada animalito. Había analizado sus heces. Había comprobado el consumo de alimento en las últimas veinticuatro horas.

Llevaba quince días haciéndolo.

Solo le quedaba terminar de compilar esa información en el programa informático para, seguidamente, darle a un icono y obtener múltiples correlaciones de datos. Le temblaban las manos, por el cansancio y también por la emoción. Por fin pudo activar la función correlación. De inmediato, aparecieron en pantalla multitud de gráficas y tablas. Las ojeó por encima y se le iluminó el rostro.

No podía creer lo que estaba viendo: las correlaciones eran casi exactas.

Imprimió las veintitrés páginas del informe, se desabrochó la bata blanca y se preparó un café expreso. Sentada en una silla ergonómica, con sus gafas de pasta roja bien ajustadas, ante una mesa amplia y bien iluminada y con la ayuda de un rotulador rojo, empezó a repasar cada gráfica y a señalar las correlaciones más significativas. Celebraba cada nueva confirmación científica con un buen sorbo de café. Ya no sentía el cansancio. De pronto, como despertando de un éxtasis, decidió hacer una llamada.

–Carlos, ¡funciona! –gritó por el móvil, llena de excitación.

–¿El test con las ratas? –respondió la voz varonil y madura del supervisor al otro lado del teléfono.

–¡Sí, funciona a la perfección! ¡Y en todos los animales! La diferencia con los de control es espectacular –remarcó Lucía, mientras paseaba ansiosa por el laboratorio.

El responsable se quedó sin habla.

–¿Carlos, sigues ahí? –dijo ella.

–Lo que estás diciendo es... una bomba –se escuchó por fin–. Habrá que darlo a conocer al mundo entero.

–Mañana mismo me pongo con la redacción del artículo. Pienso que la revista *Materia* nos lo publicaría en menos de tres meses. En *Certezas* también han mostrado gran interés; saben que llevamos trece años con esto...

–Adelante con todo, Lucía.

–Vete preparando la conferencia –añadió ella–, que yo me ocupo de la rueda de prensa. Creo que vas a ser famoso...

–Lucía, eres un sol. Estoy muy orgulloso de ti.

–Gracias. Sí, ha valido la pena tanto esfuerzo. Estoy emocionada. Buenas noches, Carlos.

Dos meses más tarde, *Materia* atrajo las miradas de toda la comunidad científica, y el interés saltó a los medios, que re-

clamaban más información. En un auditorio enmoquetado del centro de la ciudad, Carlos tuvo su momento de gloria. Los periodistas habían desplegado sus cámaras por los pasillos y por los laterales del estrado, y podía escucharse el veloz sonido de muchos teclados de ordenadores portátiles que trataban de sintetizar las palabras del supervisor del proyecto más revolucionario de los últimos años. La voz de Carlos resonaba, serena, hasta la última fila de aquel mar de flashes.

—Durante largo tiempo, el ser humano padeció hambre; y el hambre era el principal estímulo para la pelea diaria. Gran parte de la población mundial vivía con una única obsesión: comer para sobrevivir.

»Luego llegó el progreso, y la abundancia de alimentos alcanzó todos los rincones del mundo: el hambre dejó de ser un estímulo y se convirtió en un problema. En el último siglo, con tanto exceso de comestibles, la humanidad ha tenido que aprender a reprimir el hambre y luchar contra sus daños colaterales: el sobrepeso y la obesidad mórbida, la anorexia y la bulimia, etcétera. Todos ustedes son conscientes del elevado coste médico que estos comportan.

»En las décadas pasadas hemos asistido a un espectáculo de nuevas modas para defendernos del hambre: alimentos prohibidos, dietas sanas, insípidas, más propias de un herbívoro que de un omnívoro...; ejercicios extenuantes, gimnasios repletos de seres sudorosos haciendo penitencia por los excesos de comida en los días anteriores...

»A ello hay que añadir la presión que sienten muchas personas, especialmente las mujeres, para mantener un «cuerpo perfecto», o el trauma de la discriminación social que han sufrido y sufren las personas obesas. ¿Quién no recuerda aquel infame

anuncio que decía «La obesidad no es una opción, es una enfermedad»?

»¡Todo esto ya es historia!

»¡Todo esto ya está superado!

»Todo se resolverá con el nuevo fármaco que hemos descubierto, que denominamos inhibidor de la absorción intestinal de nutrientes: el IAI. Basta con una píldora, o quizá un implante en el futuro, para dejar de preocuparse por el hambre durante varias horas: quien la tome podrá comer todo lo que quiera sin que se modifique su peso corporal.

»El IAI actúa a nivel bioquímico, bloqueando por varias vías la capacidad de absorción de los enterocitos del intestino delgado. Quien quiera profundizar, que lea con atención el artículo recién publicado en *Materia*: allí encontrará todo lo que necesita.

»A partir de ahora, en este mundo solo serán obesos aquellos que así lo decidan.

»Podemos sentirnos orgullosos: el año 2023 pasará a la historia porque la ciencia aplicada acaba de construir un mundo mejor, un mundo más feliz.

Ni Carlos, ni Lucía, ni nadie en esos momentos se imaginaba la reacción en cadena que estaba a punto de producirse. Tenían razón al afirmar que el mundo había cambiado; la opinión de que ese cambio era a mejor no iba a ser compartida por todos.

3

Junio de 2073

Jan ya estaba al otro lado de la valla. Sin mirar atrás, decidió adentrarse en el bosque. No le había pasado desapercibido el repetitivo cartel con la leyenda «Reserva de lobos» porque eso formaba parte de su estrategia de huida. Había optado por asumir ese riesgo, y sus previsiones se cumplían: sus perseguidores se habían quedado paralizados por miedo a esas bestias.

Ya estaba emboscado cuando su cerebro le advirtió de la presencia de un objeto en el suelo. Frenó en seco y desanduvo unos pocos metros para recoger un cráneo de ciervo con una gran cornamenta. Posiblemente ese venado había sido víctima de los lobos. Con la cornamenta en la mano, continuó su carrera unos minutos hasta que estuvo seguro de que nadie lo seguía.

Llevaba muchas horas huyendo. A pesar de sus veintiséis años y de su constitución fuerte y atlética, estaba exhausto. La adrenalina lo había mantenido activo, pero ahora empezaba a notar el peso del cansancio. Sentado en una roca, sacó de uno de los bolsillos del pantalón la única tecnología que llevaba consigo: una navaja multiusos que le había regalado su padre

cuando había cumplido catorce años y una madeja de cuerda. Enseguida se puso a trabajar. Tomó la cornamenta, eligió dos de sus puntas y las cortó por el tronco común, obteniendo una especie de Y. Con la ayuda de la navaja, empezó a afilar el extremo inferior. Cuando terminó, ató la Y firmemente a su bota derecha, de tal manera que los dos brazos de las puntas se acoplaron a los lados de la bota y el tronco recién afilado apuntaba hacia adelante y ligeramente hacia arriba: «Es más largo y punzante que cualquiera de los dientes de un *Canis lupus*», se dijo.

Tras una media hora de reposo y de manejo de navaja y cuerda, reemprendió la carrera, monte arriba. Quería avanzar el máximo de kilómetros antes de la puesta de sol. El mes de junio finalizaba; soplaban un viento fresco de atardecer que lo golpeaba en el rostro y le dificultaba la carrera, pero el olor a bosque le servía de narcótico. Mientras avanzaba, el bosque de encinas y robles era sustituido por otro de pinos envueltos en la penumbra; inesperadamente, una raíz lo hizo trastabillar y rodar por una pendiente. Cuando recobró el control, el bosque ya no era el mismo. Era como si la presencia del maligno se hubiera apoderado de todo.

Lo peor del lobo no son sus largos y afilados colmillos. Tampoco el penetrante gruñido que anuncia el ataque inminente. Lo peor es la parálisis que te recorre todo el cuerpo al contemplar su mirada de odio. Es algo parecido al vértigo, que, en lugar de ayudarte a sortear un risco, parece empujarte hacia el vacío. Tenía ante sus ojos la entrada de una madriguera y a cuatro demonios, un macho y tres hembras, con aquella mirada de hielo. Se repuso como pudo. No podía perder ni un instante. Las artes marciales lo habían preparado física y psicológicamente para este momento. Buscó instintivamente la protección de un gran árbol, apoyó

la espalda en el tronco y, sin desviar la vista de esos ocho ojos, alzó los brazos al máximo y gritó con todas sus fuerzas. Los lobos se desconcertaron momentáneamente y retrocedieron unos pasos, concediéndole el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta y enrollársela fuertemente alrededor del brazo izquierdo. Las fieras empezaron a rodearlo. Pronto iba a dar comienzo el combate. Cuatro dentaduras contra una navaja multiusos y una extraña pierna dotada de un «colmillo» de trece centímetros.

El macho se lanzó primero y buscó el rostro de su víctima con toda su furia. Jan le ofreció el brazo izquierdo y el lobo no dudó en clavar sus dientes hasta alcanzar el músculo. Jan notó el impacto, pero no sintió dolor profundo, pues la chaqueta amortiguó la mordedura. Enseguida contrató con su navaja y consiguió clavarla en el cuello del animal, mientras este acompañaba su potente mordida con fuertes convulsiones para desgarrar el músculo y alcanzar el hueso. El filo de la navaja era demasiado corto para atravesar la espesura del pelo del cuello, y apenas inquietó a su atacante.

Casi al mismo tiempo, una hembra se había lanzado hacia su pierna derecha, pero antes de alcanzarla, Jan ya le había atravesado el corazón con el asta de ciervo anudada a su bota. El animal gimió, agonizante. A continuación, Jan sintió el dolor penetrante de los afilados colmillos de otra de las lobas en su muslo izquierdo. Con un movimiento de tijera, logró levantarla en el aire y perforarle el estómago con el asta. La loba liberó la pierna y retrocedió, malherida. El macho seguía tratando de fracturarle el hueso. Jan le propinó tres nuevas cuchilladas en el cuello sin dar con su yugular.

Por detrás del árbol, el último animal logró asirle el tobillo derecho, privándolo de su principal defensa. Solo le quedaba la

navaja, que clavó con furia en uno de sus ojos y luego en el otro. La hembra soltó su presa lo suficiente para que Jan le atravesara la tráquea de un puntapié.

Mientras tanto, el macho forcejeaba con su brazo izquierdo, impulsándose con sus patas traseras. Con el brazo sano, Jan asió fuertemente su mano izquierda y levantó del suelo a su oponente. Era crucial privar a la fiera de ese apoyo. Una vez el lobo estuvo en el aire, Jan liberó su brazo derecho y, gritando de dolor, agarró la navaja y se la hundió en el vientre. En cuanto el macho se vio flotando en el aire y sintió el pinchazo, soltó el brazo de Jan y retrocedió unos metros.

Ya solo quedaban ellos dos, frente a frente.

Jan jadeaba, y su enemigo también. Notaba la humedad de la sangre, que ya le empapaba el brazo y las piernas. Esperó a que el lobo tomara la iniciativa. En cuanto este saltó hacia su cuello, él se dejó caer hacia atrás y aprovechó la inercia del balanceo para atravesar con la punta afilada de su bota el cráneo de su oponente, ensartándolo por debajo de la mandíbula. La bestia murió en el acto.

Jan permaneció tendido y temblando, hasta que se desvaneció.

Ya era noche cerrada cuando algo húmedo le hizo recobrar el conocimiento. Un lobezno le estaba lamiendo el rostro y las heridas. La luna llena le permitió intuir las sombras de los cadáveres de sus cuatro víctimas. Solo quedaba un cachorro, de poco más de dos meses, que había salido de la guarida cuando la batalla hubo concluido. En medio de gemidos de soledad, había terminado confiándose al único superviviente.

Jan envolvió al lobato con lo que quedaba de su chaqueta, lo tomó entre sus brazos y emprendió la marcha para tratar de